

Trasfondo histórico del psicoanálisis relacional¹

Emanuel Berman

El psicoanálisis relacional no es una nueva escuela, sino más bien una orientación integrativa amplia que se centra en el self y el otro. Se exploran sus orígenes, con un énfasis sobre las díadas generativas: Freud-Ferenczi y Klein-Winnicott. Un descontento con los paradigmas clásico e interpersonal ha llevado a su ascenso. Se esbozan varios de sus focos actuales.

Narrativas ortodoxas y heterodoxas

Espero que el psicoanálisis relacional nunca se convierta en una escuela en el sentido tradicional, sino que más bien contribuya a dar forma a un clima profesional e intelectual libre del impacto restrictivo de las “escuelas”. Durante muchos años, nos acostumbramos a pensar la teoría psicoanalítica como dividida en “escuelas”. Muchos libros de texto tienen capítulos separados sobre la escuela interpersonal (que es definida en libros más antiguos como “neo-freudiana”), sobre la psicología del yo como escuela y en versiones más nuevas –sobre la psicología del self o sobre la escuela kleiniana.

Para ser justo, las “escuelas” han hecho contribuciones positivas a la hora de posibilitar una multiplicidad de voces y al salvaguardar contra una uniformidad represiva. No obstante, al mismo tiempo, produjeron grupos cerrados cuyos integrantes adhieren a un único punto de vista y crean su propio vocabulario, sus propias revistas, sus propios programas de entrenamiento. Winnicott intentó combatir este separatismo en sus cartas conmovedoras a Melanie Klein y Anna Freud (Rodman, 1987), quienes exigían lealtad a sus seguidores aún cuando todos ellos funcionaban dentro de la aparentemente unificada British Psychoanalytic Society.

Una de las expresiones del impacto partidista de la identificación con escuelas es la forma en la que se ha escrito la historia del psicoanálisis. Muchos libros y artículos –el mejor conocido es la biografía de Freud escrita por Jones (1953-1957)– expresan la narrativa “ortodoxa” en relación al desarrollo del psicoanálisis (Berman, 1983). En las narrativas que siguen esta línea, Freud y su pensamiento son idealizados y todas las demás figuras son juzgadas en términos de su supuesta lealtad con Freud. El disenso es visto como algo destructivo y se atribuye ambición despiadada, narcisismo patológico o rebeldía juvenil a los

¹ “Relational psychoanalysis: A historical background” (1997), *American Journal of Psychotherapy*, 51 (2), 185-203. Traducción por Ps. André Sassenfeld J.

disidentes (que a menudo son definidos como desviacionistas; para Jones, especialmente Ferenczi y Rank).

Esta narrativa “ortodoxa” en relación a la historia del psicoanálisis tiene su imagen especular en la igualmente sesgada narrativa “heterodoxa”, que critica a Freud y a la mayoría de sus seguidores al tiempo que idealiza a uno o a un par de disidentes. Esto es frecuente en la literatura jungiana y adleriana, pero también se encuentra en el libro *Psychoanalysis: Evolution and Development* (1950) de Clara Thompson que –a pesar de su título tan comprehensivo– descuida por completo autores como Hartmann y Melanie Klein (que ya eran figuras destacadas en el psicoanálisis norteamericano y británico) en sus esfuerzos por mostrar que las *únicas* innovaciones en el psicoanálisis de aquella época eran aquellas que ofrecían Sullivan y su círculo.

Estas dos narrativas alientan el dogmatismo y obstaculizan una visión más integrativa y dialéctica, que es necesaria para una perspectiva reflexiva sobre la historia de nuestra profesión. Tal perspectiva nos podría permitir advertir cuáles fueron las contribuciones fructíferas tanto de Freud como de sus antagonistas, qué fue lo valioso tanto en los puntos de vista tradicionales como en los desafíos radicales. Cabe esperar que llevaría a una comprensión contemporánea más rica del proceso de tratamiento, trascendiendo la polémica del pasado.

Individuos complejos, díadas generativas

La mayor parte de los autores psicoanalíticos, siendo individuos complejos, producen trabajos que se caracterizan por tensiones inherentes e incluso por contradicciones internas, más que por una simple expresión de un punto de vista unilateral. El mejor ejemplo es Freud, quien a menudo está dividido entre su educación positivista (que se expresa en el intento de crear una “metapsicología” general) y sus tendencias hermenéuticas (su dedicación “literaria” al entendimiento de los matices de la historia vital de un individuo); entre su ambición por ser aceptado por parte de la profesión médica y su negativa a aceptar sus conceptos y reglas; entre su deseo de desarrollar un modelo puramente intrapsíquico (“psicología unipersonal”) y su frecuente consciencia del impacto de procesos interpersonales y sociales (psicologías “bipersonales” o “multipersonales”); y entre su esperanza de desarrollar una técnica estandarizada (las imágenes del terapeuta como cirujano que trabaja en un entorno esterilizado, como “pantalla en blanco”) y su estilo personal como individuo sociable, expresivo y habitualmente flexible (tal como se pone al descubierto en la “cena del Hombre de las Ratas” y en muchos episodios relatados por sus pacientes).

Durante algún tiempo, estas contradicciones fueron encubiertas por un sistema psicoanalítico ansioso por presentar una teoría “estándar” (cristalizada en torno a un modelo pulsión-defensa y a la psicología del yo) y una técnica “estándar” (que enfatiza la abstinencia, el anonimato y el uso “puro” de las

interpretaciones). Lo ficticio de denominar a esta técnica “clásica” fue puesto de manifiesto, entre otros, por Lipton (1977), quien destacó –en su discusión del caso del “Hombre de las Ratas”– que Freud nunca trabajó con tal rigidez y que la confección de listas de reglas es anti-analítica en cuanto pasa por alto la significación individual que cualquier comportamiento del analista adquiere para un analizado particular.

Otra teórica cuyas contradicciones internas son importantes fue Melanie Klein. Klein afirmó durante toda su vida que era una teórica pulsional, pero su trabajo efectivo se centró en los procesos sutiles de las relaciones objetales y en las experiencias afectivas (Stein, 1990), y eventualmente ayudó a desplazar las pulsiones de su papel central en la teorización psicoanalítica. Creía en un mundo intrapsíquico que es influenciado sólo de modo marginal por los objetos externos (la fantasía sobre el padre o la madre es más crucial que la personalidad del padre o la madre) y, sin embargo, sus ideas generaron un excelente punto de partida para la exploración de los intercambios diádicos interpersonales efectivos. (Un paso crucial fue la reconsideración de la “identificación proyectiva” como poderosa influencia sobre el individuo en el cual se proyecta, realizada por Bion.) Klein, al igual que Freud, se opuso al énfasis sobre la contratransferencia, pero colegas inspirados por ella (Heimann, Winnicott, Racker) convirtieron la contratransferencia en un pilar del tratamiento psicoanalítico.

Una conclusión posible que se puede sacar a partir de lo anterior es que aprenderemos de la mejor manera mediante una exploración cuidadosa de la vida y el trabajo de cualquier analista particular, intentando iluminar todos los matices de su desarrollo personal y teórico interrelacionado. Enfatizo la importancia del conocimiento histórico y biográfico porque el psicoanálisis muchas veces avanza a través del contacto, los intercambios personales, el diálogo y los conflictos entre dos o más individuos. Las innovaciones teóricas no derivan de la mente de una persona aislada (la “concepción inmaculada”), sino que usualmente evolucionan en el espacio transicional creado dentro de una díada generativa (“una relación sexual que fecunda”).

A menudo, la díada consiste en terapeuta y paciente: Breuer y Bertha Pappenheim (“Anna O.”) dieron nacimiento a la cura por la palabra; Freud y Fanny Moser (“Emmy von N.”) a la libre asociación; Ferenczi y Elizabeth Severn (“R. N.”) al análisis mutuo; Bion y Samuel Beckett a la comprensión de los estados mentales primitivos (Simon, 1988).

En otros casos, los dos son colegas, muchas veces amigos que se convierten en rivales, como Freud y Jung. La lealtad completa puede tornar una díada suave y eficiente, pero no creativa; por ejemplo, Freud y Eitington, una díada que Zusman (1988) retrata como prototipo de la esterilidad que se puede generar a través del entrenamiento jerárquico estricto del tipo que Eitington creó.

Desde mi comprensión de las fuentes del punto de vista relacional, dos díadas difíciles pero fértiles juegan un papel crucial: Freud y Ferenczi y, más tarde, Klein y Winnicott.

Freud y Ferenczi

Ferenczi fue colega de Freud, amigo íntimo y estudiante durante 25 años, desde el momento en el que se conocieron en 1908 hasta que Ferenczi murió en 1933. Durante un período breve, también fue su analizado. La historia de su compleja relación sólo está empezando a salir a la luz en la actualidad, con la publicación de su intensa correspondencia; hasta ahora contamos con los primeros 11 años (Brabant et al., 1993-1996). Tal como examino con detalle en otra parte (Berman, 1996), ahora se vuelve claro cuán interconectadas estuvieron sus debates teóricos y clínicos y sus vidas personales.

Desde las primeras cartas, uno advierte el contraste entre la creencia de Freud en los beneficios de una estructura jerárquica firme que regula la interacción entre los sexos, entre generaciones y entre paciente y terapeutas (una estructura en la cual los límites son firmes y el conocimiento se transmite o retiene de modo sabio y cuidadoso) y el entusiasmo opuesto de Ferenczi por la igualdad, la apertura y la mutualidad, sobre la difusión de límites, la trascendencia de jerarquías y el hecho de compartir el conocimiento libremente.

Estas posturas opuestas surgen en el contexto de las distintas imágenes de ambos hombres respecto de su amistad: Ferenczi quería que Freud fuera más abierto con él y se imagina a sí mismo como terapeuta de Freud, esperando ayudarlo a superar su postura reservada, que Freud prefería mantener. Las mismas diferencias colorean sus discusiones en torno a la vida personal complicada de Ferenczi, centradas en sus intensas relaciones con dos mujeres: con Gizella –que eventualmente se convirtió en su esposa– y con su hija Elma. Este es un drama en el cual Freud fue un participante activo, que siempre le advertía a su amigo más joven acerca de confiar demasiado en ambas mujeres y que también adoptaba una posición, favoreciendo a la madre y despreciando a la hija.

En un punto, Ferenczi se encuentra a sí mismo dolorosamente dividido entre ambas mujeres: Gizella como amante mayor y amiga confiable, pero demasiado vieja para tener hijos; Elma como su paciente joven, atractiva y presumiblemente fértil, de la cual se enamora de manera apasionada. Ferenczi busca ayuda en Freud y eventualmente renuncia a Elma, abandonando por el momento sus ideales de igualdad, declarando que “el análisis mutuo es una tontería” (responde a Jung, quien ha intentado un experimento de este tipo con Otto Gross) y pidiendo a Freud que lo tomé en análisis.

El análisis intermitente breve está coloreado por la insistencia paternalista de Freud respecto de que Ferenczi se case con Gizella, lo cual Ferenczi eventualmente hace, sacrificando sus anhelos de pasión y paternidad. La insistencia autoritaria de Freud puede haber sido, tal como sugiere Hoffer en su introducción a la correspondencia de Freud-Ferenczi en el período del análisis

(Brabant et al., 1993-1996), la inspiración para la propia técnica activa paternalista de Ferenczi, que desarrolló después del análisis.

Al parecer, Ferenczi “vuelve al camino correcto”; pero las diferencias vuelven a emerger en los últimos cinco años de la vida de Ferenczi, cuando se torna más y más crítico respecto de la defensa de objetividad y retraimiento por parte de Freud (la cual, sugiere, puede transformarse en “hipocresía profesional”) e igualmente crítico respecto del lado autoritario de su propia técnica activa. También duda de la efectividad de su propio análisis con Freud, el cual evitó la agresión, y reintroduce la cualidad fatídica de las circunstancias familiares y el trauma real, los cuales eran centrales en la temprana teoría de la seducción de Freud pero que habían sido descuidados desde que la fantasía edípica se había convertido en el nuevo pilar. En una serie de artículos desafiantes, que culminan con “La confusión de lenguas entre los adultos y el niño” (Ferenczi, 1932), Ferenczi reformula la relación analista-paciente como relación interactiva, retrata al analista como fuente potencial de traumas repetidos y esboza un método analítico revisado que se centra en el tacto, la flexibilidad, la disponibilidad emocional y la nutrición. “La confusión de lenguas” sin lugar a dudas fue un artículo atrevido. Eitington y otros quisieron evitar que fuera presentado en el Congreso Psico-Analítico de 1932 y Jones impidió su publicación en inglés. Sin embargo, del *Diario Clínico* (1988) publicado de modo póstumo, sabemos que Ferenczi evitó discutir en él su innovación más radical: el análisis mutuo.

El análisis mutuo, al tiempo que está coloreado por los valores y el estilo de carácter básico de Ferenczi, también constituía una respuesta a una cuestión clínica: el impasse que se produce cuando un paciente vulnerable (en este caso específico, Elizabeth Severn) pierde su fe en el analista porque experimenta una discrepancia entre su dedicación consciente y su hostilidad inconsciente. Mientras que la respuesta tradicional sería atribuir el punto de vista del paciente a desplazamientos distorsionadores desde relaciones pasadas o a proyecciones arbitrarias desde el atormentado mundo interior del paciente, Ferenczi presentó una posibilidad distinta, a saber, que la experiencia del paciente puede ser una *percepción* válida y, si este es el caso, la confianza puede restaurarse no sólo mediante la interpretación (que podría ser correctamente percibida como defensiva), sino también mediante el reconocimiento y, más allá, mediante la disposición del analista a explorar de modo abierto su contratransferencia con el paciente.

El *Diario Clínico* documenta la búsqueda reflexiva y auto-crítica de Ferenczi por una forma de integrar su nueva opción en el método psicoanalítico de tratamiento. Ferenczi murió antes de poder sacar un balance final de este nuevo acercamiento, tal como sí fue capaz de hacer con su técnica activa previa; pero su diario testimonia su plena consciencia de los problemas involucrados, junto a un sentimiento de excitación respecto de los nuevos horizontes que espera abrir para la profesión terapéutica.

Hemos llegado a darnos cuenta de que la técnica concreta del análisis mutuo (paciente y analista se alternan sobre el diván), así como otros métodos experimentales utilizados por Ferenczi durante ese período (p. ej., sesiones sin límites de tiempo), no es viable. Tal como sugiere Aron (1996), Ferenczi puede haber saboteado la mutualidad al confundirla con simetría. Al mismo tiempo, Freud y sus seguidores demasiado leales fueron incapaces de ver que el último período de Ferenczi fue tremendamente productivo. Preparó el terreno para un nuevo psicoanálisis relacional, en el cual la relación y la experiencia que provee son concebidas como factores terapéuticos centrales y en el cual las interpretaciones se convierten en una forma de profundizar la relación; mientras que para Freud la relación –cuando llegó a valorarla, tardíamente– era a lo más un prerrequisito para que las interpretaciones fueran absorbidas. En este nuevo modelo, la experiencia que el paciente tiene del analista se toma como percepción potencialmente válida y la personalidad y contratransferencia del analista son visualizadas como efectivas y poderosas influencias sobre el analizado.

El impacto del trabajo de Ferenczi se esparció a través de sus analizados y estudiantes: Balint, quien se convirtió en un integrante central del grupo británico independiente; Thompson, una amiga íntima de Sullivan y una de las fundadoras de la tradición norteamericana interpersonal; Mahler, a través de su creciente impacto sobre la psicología norteamericana del yo; y también a través de Ornstein (previamente colaborador de Balint) y Gedo, quienes se convirtieron en asociados cercanos a Kohut cuando este formuló la psicología del self. Además, parece que Ferenczi estaba adelantado a su tiempo y nuestra generación lo encuentra más comprensible que la suya propia.

Hoffer (en Aron & Harris, 1993) afirma, “Si Sigmund Freud fue el padre del psicoanálisis, Sandor Ferenczi fue la madre [...] el psicoanálisis perdió su madre [y] así se convirtió en hijo de un solo padre” (p. 75). Creo que ahora “la madre ha vuelto” y podemos reformular el psicoanálisis como hijo legítimo tanto de Freud como de Ferenczi, cada uno de los cuales contribuyó sus componentes únicos a la herencia compartida.

Klein y Winnicott

Klein y Winnicott, la segunda diáda generativa, también mantuvo una relación compleja que duró un cuarto de siglo, comenzando con Winnicott como supervisor de Klein en 1935 y finalizando con la muerte de ella en 1960. No tenemos su correspondencia completa, pero a partir de sus artículos, cartas (Rodman, 1987) y la biografía de Klein escrita por Grosskurth (1986) emerge una imagen conocida. Una vez más, la parte más vieja tuvo una influencia fértil sobre la parte más joven, también la valoraba y estaba dispuesta de aprender de este en algunos puntos, pero más tarde –cuando la parte más joven se volvió demasiado

independiente— se enojó con esta y fue incapaz de apreciar su pensamiento original.

En consecuencia, Klein estuvo feliz cuando Winnicott fue capaz de confirmar algunas de sus ideas por medio de su vasta práctica pediátrica, se apoyó en él cuando no pudo volver a Londres durante la guerra y estuvo feliz con su respaldo durante “las discusiones controvertidas” entre su grupo y el grupo de Anna Freud. Me pregunto si acaso Klein vio todas las implicancias del hecho de que la contribución de Winnicott a las discusiones (King & Steiner, 1991) se centró en la necesidad de libertad de investigación, respecto de la cual él sentía que los seguidores de Anna Freud no eran tolerantes, más que en el contenido específico del trabajo de Klein. Winnicott se opuso terminantemente a la “restricción de nuestro trabajo al estudio y la aplicación de la teoría psicoanalítica en la forma en la que ha cristalizado en cualquier punto de la historia” (p. 89).

En otras palabras, mientras que esta contribución fue pro-Klein en el contexto de esa época (¡y Klein inmediatamente se puso de pie para apoyarla!), también expresó la necesidad de Winnicott de disponer de su libertad de investigación, la cual dentro de una década condujo a su alejamiento respecto de Klein. Su relación fue dañada por la objeción de ella a dos de sus artículos: “El odio en la contratransferencia”, que una vez más establece la relación analista-paciente como suelo fértil para una exploración intersubjetiva, contrario a la evitación del mundo emocional del analista propia de Klein; y “Objetos transicionales y fenómenos transicionales”, en el cual se celebra la creatividad del infante y se explora la capacidad de la madre para permitirla, contrario a la imagen de Klein del infante recluido y atormentado.

El desarrollo creativo posterior del Winnicott llevó a una teoría de la técnica diametralmente opuesta a la de Klein. La visión de Klein respecto de la interpretación como algo que posibilita un conocimiento profundo es reemplazada en su trabajo por la interpretación como invitación a jugar y explorar; el analista kleiniano como observador experto se reemplaza por el analista como originador de un espacio potencial, en el cual el significado emerge de manera conjunta y puede formularse de la mejor manera posible por parte del paciente.

Es intrigante notar que estuvieron involucrados asuntos personales importantes en el encuentro Klein-Winnicott, al igual que en aquel entre Freud y Ferenczi. En el discurso Freud-Ferenczi, destacaban las visiones de la relación hombre-mujer deseable: ¿Debiera la pasión ser un criterio primario? ¿Debiera la apertura total ser algo deseable? La pregunta por la paternidad jugaba un papel secundario. El deseo desesperado de Ferenczi por tener hijos, que lo alienaba de Gizella, que era más vieja, fue interpretado por Freud meramente como defensa contra una homosexualidad latente. Mientras que Freud analizó a Elma y esta le cayó mal, Klein analizó a Clare, la segunda esposa de Winnicott, a la que parecía caerle mal Klein. En un punto, Winnicott tuvo que mediar entre ambas después de que Clare se había ido de la consulta de Melanie y se negó a volver después de una interpretación de 25 minutos. Esto, no obstante, ocurrió tarde en sus vidas,

mientras que el primer choque entre Klein y Winnicott se refería a la naturaleza de la parentalidad.

Sabemos que Klein insistió en analizar sus propios niños pequeños sin ver ningún problema en esto. (Freud analizó a Anna, pero sólo cuando esta era una adulta.) Después, Klein quería que Winnicott analizara a su hijo Eric bajo su propia supervisión. Winnicott se negó tercamente y ella renunció a la idea de la supervisión (sólo para realizarla algunos años más tarde, cuando Marion Milner –siendo candidata y al parecer menos asertiva que Winnicott– fue supervisada por Klein respecto del análisis del nieto de Klein.)

Parece que Klein, con la ayuda de su énfasis intrapsíquico unilateral, no pudo ver las dinámicas interpersonales involucradas y negó el impacto destructivo de un padre/analista o de un padre/supervisor; mientras que Winnicott, con su profundo interés en la influencia del paternaje real, era muy consciente de los peligros que tal intrusividad significa para el desarrollo de un niño –y para su propio desarrollo como analista autónomo. Podemos ver que tanto Ferenczi como Winnicott se hicieron sensibles a los abusos de poder profesional a través de sus interacciones personales con Freud y con Klein.

Estas cuestiones vuelven a aparecer en la carta de Winnicott a Klein del 17 de noviembre de 1952 (Rodman, 1987). Allí, él expresa su preocupación de que “a algunos pacientes que entran en análisis con ‘entusiastas kleinianos’ no se les permite realmente crecer o crear en el análisis” (p. 37). El último párrafo de la carta insinúa la manera en la que la originalidad de Winnicott fue interpretada por Joan Riviere, su segunda analista kleiniana. Presenta un eco sorprendente de algunas de las cartas de Ferenczi a Freud (que Winnicott no podía conocer): “Este asunto que estoy discutiendo toca la raíz de mi dificultad personal de manera que lo que vea siempre puede desecharse como la enfermedad de Winnicott, pero si lo desecha de este modo es posible que se pierda algo que, en última instancia, es una contribución positiva” (p. 37).

Fuentes de inspiración para una visión relacional

Cuando retrato a Ferenczi y Winnicott como fuentes principales de inspiración para un psicoanálisis relacional, no defiendo el hecho de ser “winnicottiano” o “ferencziano”. Tales tendencias son extrañas al profundo rasgo individualista en la personalidad de ambos hombres, los cuales nunca intentaron fundar sus propias “escuelas”. Más bien, señalo hacia una atmósfera profesional deseable, en la cual analistas y terapeutas integran su visión personal y lenguaje único con una curiosidad y un conocimiento sobre las ideas de maestros del pasado; justo como Ferenczi y Winnicott estaba profundamente inspirados por el pensamiento de Freud y Klein, por sus profundas comprensiones de los procesos inconscientes, pero después integraron esta inspiración en sus propias diferentes versiones individuales del psicoanálisis. Para mí es significativo que, en ambos casos, el

crecimiento intelectual y emocional de una relación personal/profesional intensa, conflictiva y fértil condujo a una gran sensibilidad a la dimensión relacional de la vida humana.

Muchos autores adicionales merecen crédito por su rol a la hora de inspirar el punto de vista relacional e intersubjetivo (Berman, 1986). Sullivan y Fairbairn hicieron contribuciones tremendas al desarrollo de modelos teóricos que colocan la relación self-otro en su centro. Sullivan desplazó la teoría pulsional a través de su modelo interpersonal creativo, preparando el terreno a nuestra comprensión de que lo intrapsíquico es *inherentemente* interactivo y relacional. Fairbairn desafió atrevidamente la metapsicología de Freud al ofrecer como alternativa un innovador modelo de relaciones objetales, en el cual la pulsión busca el objeto y la libidinalidad es el resultado de ciertas relaciones objetales más que su antecedente.

Sin embargo, ambos no sacaron las conclusiones plenas de sus comprensiones teóricas a la hora del trabajo clínico. Algunos de los ejemplos de caso de Sullivan (Kvarnes & Parloff, 1976) pueden resultar decepcionantes al lector actual, ya que ponen de manifiesto su limitado interés en los sentimientos transferenciales y contratransferenciales. Responde a los deseos sexuales de una paciente hacia él no con la exploración, sino con una explicación racional: “Sé que lo disfrutaría... pero estoy ofreciendo servicios expertos y no lo estoy pasando bien” (p. 216). El estilo analítico de Fairbairn es descrito por Guntrip como conservador.

No puede entrar aquí en la compleja historia de la díada Fairbairn-Guntrip (Hughes, 1989), pero tengo que darle crédito a Guntrip como el primer autor que advirtió la afinidad entre las teorías británicas de las relaciones objetales y la tradición interpersonal norteamericana y que indicó el camino hacia su integración potencial en sus conferencias en el William Alanson White Institute en la ciudad de Nueva York. Guntrip, así como Laing (un estudiante de Winnicott, cuyo pensamiento es profundamente relacional, en especial en su *Self and Others* [1961]), expresó reservas sobre el uso del antiguo término “objeto”. “Objeto” calza mejor con el modelo de Freud (donde es, en efecto, un objeto en la connotación cotidiana de “meramente un objeto sexual”) que con modelos en los cuales el otro tiene su propio valor intrínseco. Aún no hemos logrado deshacernos de los objetos, pero el título “relacional” al menos saca al objeto de nuestra auto-definición. Más allá, el énfasis sobre el sujeto, como en el término intersubjetivo, intenta complementar algunas de las limitaciones del objeto. Ahora somos capaces de explorar las diferencias entre relaciones en las cuales el otro es experimentado como objeto o como sujeto (Aron, 1996).

Existieron muchos desarrollos adicionales en Gran Bretaña. Sólo mencionaré brevemente la decepción de Balint respecto de que Winnicott no mencionara la similitud de sus ideas con las de Ferenczi y la forma intrigante en la que Balint y Winnicott criticaron la tendencia de cada uno hacia una versión idealizada del analista como objeto bueno (Balint, 1969; Rodman, 1987). Me parece que ambos tenían razón y lograron advertir en el trabajo del otro un riesgo que existe en los

modelos de relaciones objetales, un riesgo explicitado más recientemente en la crítica de la imagen del paciente como niño por parte de Mitchell (1988).

Bion realizó contribuciones fascinantes a la comprensión sutil de las dinámicas intersubjetivas, especialmente en la díada analista-analizado y en torno a las cuestiones de la contención (aunque estoy de acuerdo con Aron [1996] en cuanto que el “contenedor vacío” se puede convertir en un mito que reemplaza el mito de la “pantalla en blanco”). La noción de la transferencia como invitación y de la contratransferencia como responsividad de rol de los Sandler, como también su formulación del inconsciente presente (en el cual la evitación de la vergüenza es crucial), nos sensibiliza a los matices interpersonales en el aquí-y-ahora analítico. Muchas otras contribuciones relevantes han sido hechas por integrantes del grupo independiente.

Racker (1968) en Argentina integró ideas freudianas, kleinianas y fairbairnianas en un modelo de la contratransferencia que sigue siendo muy útil. Aunque en algunas maneras está anticuado en términos conceptuales, el estudio de Racker del análisis como encuentro entre dos individuos tri-dimensionales que crean un interjuego continuo de contratransferencia y transferencia (esta última también entendida como contra-contratransferencia) en mi opinión pocas veces ha sido superado. Merece ser definido como una de las expresiones más tempranas de una visión intersubjetiva, aún cuando esta palabra no se menciona. Es llamativo en qué medida Etchegoyen (1991), analizado y admirador de Racker, renuncia a este aspecto radical del pensamiento de Racker en su retirada hacia una conservadora “psicología uni-personal” kleiniana, en la cual la patología del paciente es enfrentada a través de la técnica del analista (Berman, 1994). Un énfasis sobre una “psicología bi-personal” reapareció en el psicoanálisis argentino a través de la teoría de campo de la díada analítica, desarrollada por los Baranger (1993).

El psicoanálisis norteamericano estuvo dominado durante algunas décadas por la psicología hartmanniana del yo, que evolucionó hacia un dogma más bien rígido. El psicoanálisis interpersonal coexistió con esta en su territorio recluido, en su mayor parte en la ciudad de Nueva York (en el William Alanson White Institute) y en Washington, D. C., sin mucha influencia sobre los círculos principales. Una de las pocas excepciones ha sido el trabajo de Searles, en el límite entre ambas tendencias, que es otro punto de partida importante para un modelo psicoanalítico que retrata el proceso de tratamiento como algo que involucra un impacto mutuo poderoso, incluyendo el intento del paciente de curar al analista. Los artículos tempranos de Searles sobre la contratransferencia fueron rechazados por numerosas revistas (¡algunos editores se preguntaron por qué él molesta a los lectores con sus problemas personales!) y sólo aparecieron años después.

Mahler, con su paradigma de separación-individuación; Loewald, con su noción del análisis como algo que permite una nueva relación objetal; y después Kohut, con su visión de la psicología del self, todos ellos surgieron a partir de los círculos oficiales del psicoanálisis pero lo transformaron de maneras sustanciales, lo que llevó a una considerable oposición a sus ideas creativas. Al mismo tiempo,

los énfasis británicos sobre las relaciones objetales estaban siendo importados hacia la psicología norteamericana del yo por parte de Kernberg y Modell. El primero estuvo más cercano a Klein, el segundo a Winnicott. Esta importación fue inicialmente bastante valiente en cuanto ambos teóricos británicos eran boicoteados o descalificados por la generación mayor de analistas norteamericanos conservadores, tal como se pone de manifiesto en los comentarios hostiles de Rangell (1974) sobre Klein en su charla presidencial a la Asociación Psicoanalítica Internacional y por la fría recepción de "The use of an object" de Winnicott, recibido en el New York Psychoanalytic Institute (Goldman, 1993).

Cristalización de un modelo relacional

Me parece que un avance importante ocurrió con la publicación de *Object Relations in Psychoanalytic Theory* (1983) de Jay Greenberg y Stephen Mitchell. Ambos, en ese momento graduados recientes del William Alanson White Institute, lograron trascender identificaciones partidistas; en efecto, muchos de sus profesores en el White los veían en ese entonces como desleales respecto de la causa sulliviana. En una reflexiva reseña crítica, indicaron la existencia de dos tradiciones principales en el pensamiento psicoanalítico, que definieron como pulsión/estructura y relacional/estructura. Su esbozo de esta segunda tendencia eventualmente dio lugar a una tendencia relacional deliberada que cristalizó en el segundo libro de Mitchell, *Relational Concepts in Psychoanalysis* (1988), y que intentaba integrar las diversas tradiciones del pensamiento de Sullivan, los modelos británicos de las relaciones objetales y la psicología del self.

Muchos factores contribuyeron a la popularidad de esta tentativa. Numerosos autores que inicialmente habían sido exponentes de visiones psicoanalíticas más ortodoxas habían estado expresando una creciente insatisfacción con la metapsicología de Freud y sus fundamentos filosóficos. Incluso sin ser repudiados de manera directa, los conceptos del ello, de la libido y de la catexis parecieron retroceder a un segundo plano en el discurso psicoanalítico, concediéndosele mucha más centralidad a la comprensión "cercana a la experiencia" de los pacientes, en torno a asuntos del desarrollo del self y la naturaleza de las relaciones íntimas con los demás. Parecía que, para muchos clínicos, los conceptos tradicionales de Freud habían dejado de calzar con sus preocupaciones cotidianas y el emergente paradigma relacional proporcionaba la oportunidad de tender un puente. Mientras que el modelo inicial de Sullivan, el paradigma interpersonal "puro", era bastante débil en torno a cuestiones como la fantasía, los sueños y los procesos inconscientes, la nueva integración relacional parecía más comprensiva y rica.

Alrededor de 1990, dos desarrollos marcaron el surgimiento del punto de vista relacional. Uno fue la formación de una pista relacional dentro del Postdoctoral Program in Psychoanalysis and Psychotherapy en la New York

University; el otro, la aparición de la revista relacional principal, *Psychoanalytic Dialogues*. El programa de la N. Y. U. comenzó en la década de 1960 como alternativa de entrenamiento para psicólogos, los cuales en esa época eran excluidos de los institutos psicoanalíticos “oficiales” en los Estados Unidos. Inicialmente era una federación de dos grupos de facultad, uno de analistas freudianos; el otro, llamado Interpersonal-Humanista, mayoritariamente compuesto por sullivanianos. Varios miembros del segundo grupo se sintieron insatisfechos con su estricta adherencia al enfoque interpersonal y su deseo de una base teórica más flexible y amplia eventualmente condujo a la formación de una tercera exitosa pista, con su propio currículum.

Creo que es significativo que este grupo relacional optó por no establecer su propio instituto separado. En cambio, prefirieron continuar operando dentro de un programa de entrenamiento muy liberal, en el cual todos los seminarios son electivos, los estudiantes están activamente involucrados en la toma de decisiones y pueden elegir de modo libre cursos y supervisores de entre las opciones que ofrecen las tres diferentes orientaciones teóricas.

El programa de la N. Y. U. puede ser retratado como intento de superar algunos aspectos problemáticos del entrenamiento psicoanalítico tradicional (Berman, 1994): las influencias patogénicas del instituto autoritario, la idealización del analista didáctico, la infantilización del candidato, la promoción de fantasías regresivas y paranoicas y, en general, las potenciales contradicciones entre la naturaleza creativa individualista del psicoanálisis y el proceso de entrenamiento.

En años recientes, varios grupos psicoanalíticos norteamericanos independientes fueron aceptados en la Asociación Psicoanalítica Internacional. No obstante, ni el White Institute ni el programa de la N. Y. U. se han unido a esta hasta ahora. (Un obstáculo es su aceptación del análisis de tres sesiones por semana, mientras que la Internacional exige cuatro.) Como resultado, muchos teóricos relacionales importantes aún se encuentran fuera de la Asociación Internacional. Los resultados destructivos de esta situación en términos de la amplitud de las discusiones teóricas en el escenario internacional fueron explicitados en la sesión de resumen del congreso de 1995 de la API en San Francisco (por Arnold Richards y Robert Wallerstein [Schachter, 1996]).

Paradójicamente, esta separación organizacional persiste al tiempo que muchos autores importantes dentro del psicoanálisis norteamericano tradicional están desarrollando sus propias nociones relacionales e intersubjetivas. Contribuciones recientes de Jacobs (1991), McLaughlin (1991) y Renik (1993) también se alejan de manera radical de la imagen del analista como interpretador objetivo y retratan la interacción y la puesta en escena [enactment] como características inevitables del proceso analítico.

Mientras que algunos años atrás la mayor parte de las revistas “oficiales” se oponían al trabajo relacional, el nombramiento reciente de nuevos editores (Renik en *The Psychoanalytic Quarterly*, Richards en *JAPA [Journal of the American Psychoanalytic Association]*) ha llevado a una mayor apertura frente a las ideas

relacionales y a un encendido diálogo con estas. Y justo cuando los bastiones anteriores de la psicología del yo se abrieron a nuevas tendencias, Jay Greenberg fue nombrado editor de *Contemporary Psychoanalysis*, publicada por el White Institute. Este desarrollo hace surgir la posibilidad de que la diferenciación presente entre el psicoanálisis interpersonal (un término que hasta ahora significaba lealtad respecto de las teorías de Sullivan, Fromm y Thompson) y el más ampliamente definido psicoanálisis relacional pierda su significación.

Áreas actuales de discurso

Muchos de estos desarrollos han sido gatillados y promovidos por el establecimiento, en 1991, de *Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives*, editada por Stephen Mitchell. Tanto la palabra “diálogos” en el título como la palabra “perspectivas” en plural en el subtítulo dieron expresión al deseo de crear un escenario para el intercambio vivo. Mi sensación es que esta meta de hecho se ha alcanzado, tanto al invitar a participantes que representan numerosos puntos de vista (incluyendo el pensamiento freudiano más tradicional) como por el formato de debates en torno a artículos, libros o ediciones, así como por entrevistas con teóricos centrales cuyo trabajo contribuye al pensamiento relacional. Todos los editores de la revista enseñan en la orientación relacional de la New York University, pero muchos colegas de otras regiones y otros países aportan artículos o pertenecen al comité editorial más amplio. Los contenidos de los primeros seis volúmenes representan un amplio rango de tópicos (de los cuales mencionaré sólo algunos) y dejan en claro que el psicoanálisis relacional está lejos de ser una única teoría definitiva unificada y que, más bien, está buscando ser una fuerza estimulante y cuestionadora.

Emmanuel Ghent (1993) ha estado trabajando en años recientes en una teoría reformulada de la motivación, intentando trascender la división artificial entre pulsiones, necesidades y deseos. Esta división fue útil desde el punto de vista histórico a la hora de legitimar la idea de provisión, en un momento en el que la abstinencia aún era concebida como pilar del tratamiento psicoanalítico. Hizo posible un compromiso: uno podría decir, “debiéramos gratificar las necesidades de desarrollo, incluso si frustramos los deseos de base pulsional”. Hoy en día, sin embargo, cuando la abstinencia se ha convertido en un concepto dudoso, esa división puede estar obsoleta. Los asuntos de la motivación también son centrales en *Oedipus and Beyond* (1991) de Greenberg, el cual busca alternativas a las pulsiones de Freud.

El trabajo de Merton Gill (1994) sobre la transferencia aquí-y-ahora, así como sus intentos teóricos de combinar psicologías “uni-personales” y “bi-personales”, han ejercido una fuerte influencia sobre los autores relacionales. El alejamiento de Gill respecto de las tendencias positivistas más antiguas lo hizo abogar por la plausibilidad de las percepciones del analizado y dudar de la capacidad del analista de enjuiciar la visión que el paciente tiene de él o ella como correcta o

distorsionada. Esta crítica ha sido ampliada por su colaborador Irwin Hoffman (1992) en un estudio comprensivo de las cuestiones de conocimiento y verdad en las relaciones humanas y en la situación analítica en particular desde una perspectiva radicalmente relativista, llamada "constructivismo social". Tanto sus fundamentos filosóficos como sus implicancias clínicas han encendido acalorados debates.

La teoría psicoanalítica del desarrollo ha sido reformulada desde una perspectiva relacional por Daniel Stern, quien reemplazó la creencia de Mahler en un estadio autístico inicial y una simbiosis subsiguiente por una visión del infante como alguien que crea relaciones interpersonales desde el comienzo de la vida como parte integral de la formación del self. La colaboradora temprana de Stern, Beatrice Beebe, ha desarrollado (a menudo en conjunto con Frank Lachmann) las implicancias teóricas y clínicas de la influencia recíproca madre-niño (Beebe & Lachmann, 1988).

Robert Stolorow (1995) y sus colaboradores Brandchaft y Atwood han estado desarrollando la psicología del self en dirección de un paradigma intersubjetivo, definiendo todos los contactos humanos como inherentemente intersubjetivos. Mientras que algunos kohutianos visualizan su trabajo como en gran parte intrapsíquico y en consecuencia entienden el selfobjeto como muy diferente de un objeto "real", Stolorow prefiere visualizar las relaciones selfobjetales y las relaciones objetales como aspectos de un patrón relacional comprensivo.

Para Stolorow, "intersubjetivo" es su auto-definición teórica. Parece que para los teóricos más influenciados por la teoría de las relaciones objetales, tal como Ogden, o para la tradición interpersonal, tal como Aron (1996), la intersubjetividad es un aspecto importante pero no omni-determinante de sus puntos de vista. Algunos, como Benjamin (1988), apuntan a la intersubjetividad *no como algo dado*, sino más bien como *una meta evolutiva o analítica*, significando el reconocimiento pleno de la subjetividad del otro, como algo distinto de usar al otro como objeto. Debido a estas diferencias, puede resultar equívoco visualizar a todos los analistas interesados en los asuntos de la intersubjetividad como perteneciendo a una "escuela" uniforme o como defensores de la misma técnica.

Las variadas formulaciones pueden confundir. Cuando Winnicott habla de relacionarse con objetos y de "objetos subjetivos" (coloreados por nuestras necesidades y proyecciones) y cuando Bollas habla de "objetos transformacionales", se acercan a ciertos aspectos del "selfobjeto" de Kohut. Cuando Winnicott habla del uso de objetos y de "objetos objetivos" (reconocidos por su condición separada), está más cerca de las implicancias actuales del otro como "sujeto". La paradoja es que cuando el niño ve la madre como ella misma, libre de la coloración de la subjetividad del niño, esto abre la puerta a la propia subjetividad de la madre. Todas estas ideas son diferentes del objeto de deseo libidinal retratado por Freud o del "objeto parcial" de Klein. Todos estos son *aspectos distintos* de la relación con un otro.

En general, los acercamientos relacionales han absorbido gran parte del énfasis kohutiano sobre la empatía y la flexibilidad en el análisis, sobre el mantenerse “cercano a la experiencia”. Aún así, parece existir un contraste entre el deseo de muchos psicólogos del self de que el analista se convierta en el necesitado selfobjeto para el paciente y la visión relacional más característica de que la comprensión –y a momentos la auto-revelación– de la contratransferencia efectiva es mejor garantía del crecimiento auténtico. Esto implica que el analista reconoce actitudes agresivas hacia el paciente como aspectos significativos de la relación en desarrollo, más que intentar eliminarlas en el nombre de permanecer empático.

El feminismo psicoanalítico contemporáneo juega un papel importante en el *Dialogues*. El trabajo de Jessica Benjamin, Adrienne Harris, Muriel Dimen y otras (como también Juliett Mitchell en Gran Bretaña) presenta un intento intelectual ambicioso de deshacerse de los sesgos sexistas de Freud sin renunciar a la complejidad del pensamiento psicoanalítico. El influyente libro de Benjamin, *The Bonds of Love* (1988), ha estimulado una perspectiva intersubjetiva sobre la relación madre-infante que, en muchos relatos anteriores (incluso en Winnicott), fue analizada mayoritariamente como encuentro entre un sujeto (infante) y su objeto (madre), sin que se preste suficiente atención a la subjetividad de la madre.

La crítica feminista de los papeles rígidos de género es un asunto de considerable significación clínica: ¿esperamos que los pacientes opten por una identidad total como hombre o mujer o somos capaces de tolerar una multiplicidad de identificaciones de género? En años recientes, se hizo parte de una deconstrucción postmodernista más amplia de las ideas estáticas y monísticas de la mismidad [selfhood]. La noción del self como orquesta de muchas voces divergentes se explora en *Hope and Dread in Psychoanalysis* (1993) de Mitchell. El trabajo de Philip Bromberg (1994) trata de asuntos relacionados por medio de un intento de volver a introducir la disociación en el psicoanálisis, casi un siglo después de que fue descartada por Freud para crear espacio para la represión. Este último tema está íntimamente relacionado con los acalorados debates acerca del abuso sexual y los recuerdos traumáticos recuperados (Mitchell, Harris & Davies, 1996).

Se sostienen discusiones importantes respecto del punto de vista relacional de la técnica analítica, incluyendo la posibilidad de que la palabra técnica, con su connotación de estandarización impersonal, esté ahora fuera de lugar. El anonimato completo, ser una “pantalla en blanco”, es visto como fantasía poco realista desde una perspectiva relacional; el involucramiento activo del analista y su presencia emocional son vistas como algo dado y activan en el analizado inevitablemente emociones que necesitan ser verbalizadas y exploradas de manera analítica. En este contexto, la inactividad es conceptualizada como un tipo de actividad y la distinción entre interpretaciones y otras intervenciones es dudosa en cuanto cada acción del analista puede adquirir significados inesperados para el analizado. La auto-revelación de sus propias experiencias por parte del analista en relación a sus pacientes es considerada seriamente como posible punto de partida

para interpretaciones del ciclo completo de transferencia y contratransferencia, activado dentro de la interacción.

Muchos analistas relacionales retienen el diván; no para permanecer desconocidos, sino más bien para posibilitar tanto al paciente como al analista una oportunidad para una auto-reflexión más relajada. Entrar en contacto con la propia subjetividad es un prerequisite para la exploración conjunta de la intersubjetividad. Los límites también retienen su importancia como medio para crear un espacio analítico claro, en el cual los eventos (incluyendo las transgresiones de los límites) pueden ser advertidos y explorados. La mayor parte de los analistas relacionales tienden a entender la psicoterapia y el psicoanálisis como continuo unitario y emplean la misma técnica en ambos settings.

Las implicancias de un acercamiento relacional a la supervisión aún no han sido exploradas por completo. Mi propia visión de estas implicancias (Berman, 1988, 1997) puede resumirse como sigue: si aceptamos que el psicoanálisis y la psicoterapia, además de explorar la realidad intrapsíquica del paciente (“psicología uni-personal”), también son inevitablemente procesos interactivos e intersubjetivos (“psicología bi-personal”), se sigue que manejar en la supervisión experiencias más personales del supervisado (la contratransferencia tanto en cuanto reacción a la transferencia como en cuanto factor que la moldea) es crucial y, sin esto, aspectos centrales del proceso de tratamiento permanecerán escondidos. Esta necesidad, sin embargo, aumenta el riesgo (que existe, para empezar, en cualquier supervisión) de que el trabajo de supervisión será intrusivo y amenazante para el supervisado. Para contrarrestar este riesgo, la exploración abierta conjunta de la naturaleza interactiva e intersubjetiva de la supervisión misma –incluyendo la contribución del supervisor– es indispensable. Esto también implica entender y discutir la influencia del contexto institucional de la terapia y de la supervisión sobre todos los involucrados. Ese contexto muchas veces es una fuente adicional de estrés en la supervisión, en especial cuando la evaluación recibe un peso central a expensas del aprendizaje mismo, con el cual puede estar en conflicto.

Contexto cultural

Finalmente, me gustaría referirme a la relevancia del contexto cultural más general. Podemos notar que el psicoanálisis relacional, junto a su búsqueda de soluciones para dificultades y limitaciones específicas en los modelos psicoanalíticos originales de la mente humana y del tratamiento, también refleja cambios del *Zeitgeist*. La época de las grandes teorías monolíticas y totalistas parece haber llegado a su fin y nos encontramos, por lo tanto, menos inclinados a observar la realidad a través de los ojos del genio, sea Marx o Freud. Dudas crecientes respecto del positivismo nos hacen rechazar el modelo del científico natural imparcial en todas las áreas de las ciencias sociales y las humanidades. El deseo de ser objetivo da lugar a un interés en y a un respeto por la subjetividad. Las tendencias

postmodernas alientan la deconstrucción de los postulados aceptados, exponiendo a muchos como mitologías simplificadas.

También nos hemos hecho más críticos de las autoridades omniscientes, sean líderes políticos, médicos, jueces o psicoanalistas demasiado confiados. Las biografías han dejado de pasar por alto el lado oscuro de las vidas de sus protagonistas. Consideraciones ligadas a los derechos civiles nos hacen respetar el derecho de los pacientes médicos a saber y a ser participantes activos en la decisión de sus destinos. En las artes, el deseo de un producto final perfecto dio lugar a obras de arte que revelan los dilemas y procesos de su creación: finales posibles con conflicto para las novelas, líneas abandonadas que permanecen en un cuadro. Un analista que comparte con su paciente sus reacciones, dudas y confusiones personales puede calzar mejor en la época presente que un analista clásico que ofrece una interpretación definitiva completamente formada. El psicoanálisis relacional, con su interés en la mutualidad y la intersubjetividad, puede ser visualizado como intento de mantener y desarrollar la riqueza y sutileza que siempre han caracterizado al psicoanálisis en una atmósfera más igualitaria y flexible.

Resumen

El autor espera que el psicoanálisis relacional, como énfasis amplio sobre el self y el otro, no se convierta en otra escuela limitante y dogmática. Al estudiar sus fuentes, deseo mantener una visión dialéctica y evitar la adoración de ancestros. Para mí, sus raíces pueden encontrarse tanto en las contradicciones internas de los teóricos, como Freud y Klein, como en las intensas y generativas diadas que crearon, particularmente Freud-Ferenczi y Klein-Winnicott, en las cuales el hecho de desafiar la autoridad del colega más viejo llevó a que el más joven se acercara a una mejor comprensión de las dinámicas relacionales. Mientras que Fairbairn y Sullivan fracasaron a la hora de sacar las conclusiones clínicas plenas de sus modelos teóricos innovadores, su trabajo –como también las contribuciones de Balint, Guntrip, Racker, Kohut y otros y la creciente insatisfacción con el modelo pulsión-defensa tradicional– les ayudó a Greenberg y a Mitchell a formular en la década de 1980 su nueva integración relacional. Estas ideas están expresadas de la mejor manera en la pista relacional del Postdoctoral Psychoanalytic Program de la N. Y. U. y en la revista *Psychoanalytic Dialogues*. Entre los asuntos principales debatidos por los teóricos relacionales se encuentran la motivación (deseo/necesidad/pulsión), el conocimiento y la verdad en las relaciones (constructivismo social), los modelos relacionales del desarrollo, la naturaleza de la intersubjetividad, el significado del feminismo y el postmodernismo para el psicoanálisis y las implicancias de una aproximación relacional a la técnica y el entrenamiento.

Referencias

- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds: Mutuality in Psychoanalysis*. New Jersey: Analytic Press.
- Aron, L. & Harris, A. (Eds.) (1993). *The Legacy of Sandor Ferenczi*. New Jersey: Analytic Press.
- Balint, M. (1969). *The Basic Fault: Therapeutic Aspects of Regression*. London: Tavistock.
- Baranger, M. (1993). The mind of the analyst: From listening to interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 74, 15-24.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (1988). The contribution of mother-infant mutual influence to the origins of self and object representations. *Psychoanalytic Psychology*, 5, 305-337.
- Benjamin, J. (1988). *The Bonds of Love: Psychoanalysis, Feminism, and the Problem of Domination*. New York: Pantheon.
- Berman, E. (1983). Orthodoxy and heterodoxy in the history of psychoanalysis: A dialectical view. *Yiunim Bahinub*, 37, 23-30.
- Berman, E. (1986). Transference/countertransference as a comprehensive interpersonal process. *Sihot (Israel Journal of Psychotherapy)*, 1, 6-15.
- Berman, E. (1988). The joint exploration of the supervisory relationship as an aspect of psychoanalytically oriented supervision. En J. Ross & W. Myers (Eds.), *New Concepts in Psychoanalytic Psychotherapy*. Washington: American Psychiatric Press.
- Berman, E. (1994). Review essay: Etchegoyen's *Fundamentals of Psychoanalytic Technique*. *Psychoanalytic Dialogues*, 4, 129-138.
- Berman, E. (1994). Psychoanalytic training: Dynamics, social processes, pathology. *Sihot*, 9, 28-37.
- Berman, E. (1996). The Ferenczi renaissance. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 391-411.

- Berman, E. (1997). Psychoanalytic supervision as the crossroads of a relational matrix. En M. Rock (Ed.), *Psychodynamic Supervision*. New Jersey: Jason Aronson.
- Brabant, E. Et al. (Eds.) (1993-1996). *The Correspondence of Sigmund Freud and Sandor Ferenczi* (Vol. I & II). Cambridge: Harvard University Press.
- Bromberg, P. (1994). "Speak! That I may see you!": Some reflections on dissociation, reality, and psychoanalytic listening. *Psychoanalytic Dialogues*, 4, 517-547.
- Etchegoyen, H. (1991). *The Fundamentals of Psychoanalytic Technique*. London: Karnac.
- Ferenczi, S. (1932). Confusion of tongues between adults and the child. *International Journal of Psychoanalysis*, 30.
- Ferenczi, S. (1988). *Clinical Diary*. Cambridge: Harvard University Press.
- Ghent, E. (1993). Wish, need and neediness. *Psychoanalytic Dialogues*, 3, 495-507.
- Gill, M. (1994). *Psychoanalysis in Transition: A Personal View*. New Jersey: Analytic Press.
- Goldman, D. (1993). *In Search of the Real: The Origins and Originality of D. W. Winnicott*. New Jersey: Jason Aronson.
- Greenberg, J. (1991). *Oedipus and Beyond: A Clinical Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Greenberg, J. & Mitchell, S. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Grosskurth, P. (1986). *Melanie Klein: Her World and her Work*. New York: Knopf.
- Hoffman, I. (1992). Some practical implications of a social-constructivist view of the psychoanalytic situation. *Psychoanalytic Dialogues*, 2, 287-304.
- Hughes, J. (1989). *Reshaping the Psychoanalytic Domain: The Work of Klein, Fairbairn and Winnicott*. Berkeley: University of California Press.
- Jacobs, T. (1991). *The Use of the Self*. Madison: International Universities Press.
- Jones, E. (1953-1957). *The Life and Work of Sigmund Freud*. New York: Basic Books.

- King, P. & Steiner, R. (Eds.) (1991). *The Freud-Klein Controversies, 1941-1945*. London: Tavistock/Routledge.
- Kvarnes, R. & Parloff, G. (Eds.) (1976). *A H. S. Sullivan Case Seminar*. New York: Norton.
- Laing, R. (1961). *Self and Others*. New York: Pantheon.
- Lipton, S. (1977). The advantages of Freud's technique as shown in his analysis of the Rat Man. *International Journal of Psychoanalysis*, 58, 255-273.
- McLaughlin, J. (1991). Clinical and theoretical aspects of enactment. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 39, 595-614.
- Mitchell, S. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis: An Integration*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mitchell, S. (1993). *Hope and Dread in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Mitchell, S., Harris, A. & Davies, J. et al. (1996). Symposium on "False memory" controversy. *Psychoanalytic Dialogues*, 6, 151-294.
- Racker, H. (1968). *Transference and Countertransference*. London: Maresfield.
- Rangell, L. (1974). Presidential address. *International Journal of Psychoanalysis*, 55, 3-12.
- Renik, O. (1993). Analytic interaction: Conceptualizing technique in light of the analyst's irreducible subjectivity. *Psychoanalytic Quarterly*, 62, 553-571.
- Rodman, F. (Ed.) (1987). *The Spontaneous Gesture: Selected Letters of D. W. Winnicott*. Cambridge: Harvard University Press.
- Schachter, J. (1996). Final overview panel: San Francisco Psychoanalytic Congress. *International Journal of Psychoanalysis*, 77, 387-391.
- Simon, B. (1988). The imaginary twins: The case of Beckett and Bion. En E. Berman (Ed.), *Essential Papers in Literature and Psychoanalysis*. New York: NYU Press.
- Stein, R. (1990). A new look at the theory of Melanie Klein. *International Journal of Psychoanalysis*, 71, 499-511.
- Stolorow, R. (1995). An intersubjective view of self psychology. *Psychoanalytic Dialogues*, 5, 393-399.

Thompson, C. (1950). *Psychoanalysis: Evolution and Development*. New York: Grove.

Zusman, W. (1988). Our science and our scientific lives. IPA Symposium, Linden Hall.